

LENE KAABERBØL
AGNETE FRIIS

el NIÑO
de la MALETA

Traducción:
BLANCA ORTIZ OSTALÉ



MAEVA

Mantuvo la puerta abierta con el trasero mientras tiraba de la maleta hasta meterla a rastras en las escaleras del aparcamiento. El sudor le corría por la espalda y le empapaba la camiseta. La temperatura interior del edificio era mínimamente más fresca que la del cegador infierno de Nyroggade, la calle que había afuera, pero a cambio todo apestaba a hamburguesería mohosa porque alguien había dejado los restos de un menú tirados en un escalón.

Una vez en el sótano del aparcamiento, arrastró la maleta por detrás de unos contenedores hasta un punto donde calculaba que las cámaras de seguridad no la verían. No quería meterla en el coche sin saber qué contenía. No estaba cerrada con llave, solamente tenía echadas dos aldabillas y llevaba una resistente correa alrededor. Le temblaban las manos, una de ellas aún sin sangre después de acarrear aquel peso tan poco manejable durante tanto rato, pero abrió los cierres y levantó la tapa.

Dentro de la maleta había un niño, un niño rubio desnudo, flaco y menudo de no más de tres años. El susto la impulsó a retroceder hasta la áspera pared de plástico del contenedor. El pequeño tenía las rodillas flexionadas a la altura del pecho e iba doblado como si fuera una camisa; de otro modo no habría cabido. Tenía los ojos cerrados y a la luz de los tubos de neón su piel había adquirido un brillo pálido. Sólo al ver que entreabría levemente los labios se dio cuenta de que estaba vivo.

AGOSTO

LA CASA ESTABA SITUADA en lo alto de un declive con vistas a la bahía de Jammerland. Jan sabía perfectamente cómo la llamaban en la zona: El Fortín. Pero no era eso lo que siempre le llevaba a contemplar su tapia blanca con un vago sentimiento de insatisfacción; la gente podía pensar y decir lo que le viniera en gana, lo importante no era eso.

La había diseñado un arquitecto en un moderno estilo funcionalista clásico. Neofuncionalista, así lo llamaba Anne, que le estuvo mostrando fotografías y edificios hasta hacérselo entender, al menos en parte. Líneas rectas, no demasiados adornos. La idea era que las vistas hablaran por sí solas a través de los enormes ventanales translúcidos, que permitían que la naturaleza se integrara en el espacio. Eso decía el arquitecto, y sí, Jan lo veía. A fin de cuentas, era lo que él quería: todo nuevo, todo limpio y en su sitio. Compró el terreno y echó abajo el viejo chalé, peleó con los del Ayuntamiento hasta que comprendieron que les interesaba que se instalase en el municipio y le concedieron los permisos pertinentes, y se ganó a la representante local de los ecologistas con una donación que a punto estuvo de hacer que la pobre mujer se echara por encima la infusión. Al fin y al cabo, ¿por qué no iba a poder crear una reserva de aves? No tenía el más mínimo interés en que nadie edificara por allí ni en que empezaran a aparecer molestos grupos de excursionistas con sus bicicletas y sus botellas de plástico. Ahora la casa estaba ahí, con su tapia blanca alrededor, sus grandes ventanales y sus elegantes y puras líneas neofuncionalistas. Tal y como él la quería.

Pero, con eso y con todo, las cosas no marchaban como debían. Aún seguía invadiéndole una extraña y vaga nostalgia al pensar en la otra casa, un viejo caserón, una auténtica porquería, una desafortunada combinación de decrépito palacete de nuevo rico y horrorosos añadidos sesenteros que, para colmo, tenía un precio astronómico porque estaba en la antigua carretera de la costa. No era esa la razón por la que le gustaba; lo exclusivo de la zona le traía sin cuidado, pero estaba justo al lado de la casa donde Anne había crecido y no podía evitar imaginárselo: la gran familia reuniéndose en barbacoas nocturnas bajo los manzanos, los niños correteando por el césped crecido, el padre de Anne y él con un buen whisky en la mano y envueltos en el agradable aroma del tabaco de Virginia. La madre de Anne en el balancín del porche con un bonito chal indio por encima de los hombros. También imaginaba a sus propios hijos con Anne, cuatro o cinco, ella con el más pequeño en brazos, risueña y feliz. Por San Juan, quizá, y con su hoguera, tan numerosos que las canciones al amor de la lumbre sonarían por una vez como Dios manda. O un jueves cualquiera, así sin más, porque les apetecía y habían comprado gambas frescas en el puerto.

Dio una calada hambrienta al cigarrillo y contempló la bahía. En aquel preciso instante el agua era azul oscura con franjas de espuma y el viento le revolvía el pelo y le arrancaba lágrimas de los ojos. Hasta había convencido al propietario para que vendiera. Los papeles estaban listos, solo faltaba la firma. Entonces ella había dicho que no.

Jan seguía sin comprenderlo. Joder, si era su familia. ¿No se suponía que a las mujeres les importaban esas cosas? El contacto cercano, los vínculos y todo eso. Y además, con una familia como la suya, tan... auténtica. Tan sana. Tan cariñosa. Tan fuerte. Keld e Inger, que saltaba a la vista que seguían queriéndose después de casi cuarenta años. Los hermanos de Anne, que visitaban la casa con frecuencia, unas veces con mujeres e hijos y otras sin, simplemente porque les pillaba de paso cuando iban a jugar al club de tenis. Formar parte de todo aquello, así

de sencillo, de rutinario, allí a dos puertas, al otro lado del seto... ¿cómo había sido capaz de decir que no a todo eso? Pero así era. Un no firme y tranquilo, de los de Anne. Sin decir por qué, sin dar explicaciones. Simplemente no.

Así que ahora vivían allí, al borde de la bahía de Jammerland, ella, él y Aleksander. El viento les silbaba en los oídos cada vez que soplabá del noroeste, y estaban solos. Demasiado lejos para dejarse caer por allí sin avisar, apartados, al margen de aquella comunidad grande y cálida salvo contadas excepciones, y siempre tras previa cita, cuatro o cinco veces al año.

Dio una última calada y tiró el cigarrillo, pisó la colilla y aguardó unos minutos a que el viento le arrancara el olor del pelo y de la ropa. Ella no sabía que había vuelto a fumar.

Sacó otra vez la fotografía de la cartera. La llevaba ahí porque no quería correr el riesgo de que Anne tropezara con ella por casualidad, y era una chica demasiado bien educada para fisgar en sus cosas. Debería haberla tirado, pero necesitaba mirarla de vez en cuando. Necesitaba sentir esa mezcla de miedo y esperanza que le proporcionaba.

El niño miraba directamente a la cámara. Tenía los hombros desnudos y flacos echados hacia delante, como si quisiera hacerse un ovillo. No se veía bien dónde habían sacado la foto, los detalles se perdían en la oscuridad que se extendía a su espalda. Junto a la boca le quedaban restos de algo que había comido. Parecía chocolate.

Rozó la foto con el dedo índice muy suavemente y volvió a guardarla en la cartera con cuidado. Le habían enviado un teléfono móvil, un Nokia antiguo que él jamás habría comprado. Robado, presumiblemente. Lo sacó del bolsillo y marcó el número. Esperó respuesta.

—*Mr. Marquart* —la voz era cortés, pero con un acento bastante marcado—. *Hello. Have you decided?*

A pesar de que la decisión estaba ya tomada, titubeó. Tanto que la voz del otro lado se vio obligada a insistir.

—*Mr. Marquart?*

Carraspeó.

—*Yes. I accept.*

—*Good. Here are your instructions.*

Escuchó frases breves y precisas, anotó números y cifras. Se mostró cortés, como el hombre del teléfono. Sólo después fue incapaz de soportarlo por más tiempo; sólo después, en un arrebato de rebeldía, arrojó el teléfono tan lejos como pudo y lo mandó describiendo un arco al otro lado de la cerca.

Lo vio rebotar por la pendiente un par de veces antes de desaparecer entre los matorrales de brezo del fondo. Después se sentó en el coche y se dirigió hacia la casa.

No había transcurrido ni una hora cuando ya lo buscaba a gatas por esa misma pendiente. Anne salió a la terraza y se asomó a la cerca.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

—Se me ha perdido una cosa —le gritó él.

—¿Quieres que baje a ayudarte?

—No.

Se quedó un rato observándole. El viento agitaba su vestido de color albaricoque y le levantaba la rubia melena desde los hombros hasta encima de la cabeza, como si estuviera en plena caída libre. Caída libre sin paracaídas, pensó Jan. Refrenó aquel pensamiento antes de que fuera a más. Todo iba a salir bien. Anne no tenía por qué enterarse de nada.

Tardó casi una hora y media en encontrar el maldito teléfono y aún había que llamar a la compañía aérea. No tenía intención de dejar que su secretaria le hiciera las reservas de aquel viaje.

—¿Adónde vas? —preguntó Anne.

—No es más que una escapada a Zúrich.

—¿Ocurre algo malo?

—No —se apresuró a contestar; Anne tenía el miedo pintado en la mirada y tratar de quitárselo era una reacción maquiavélica—. Cuestión de dinero, volveré a casa en seguida.

¿Cómo habían llegado a eso? De pronto recordó vivamente aquel día de mayo de hacía más de diez años en que vio a Keld acercarse por la iglesia llevándola del brazo. Iba hermosa como un hada, como un ángel, con su sencillo vestido blanco y el pelo recogido salpicado de capullos de rosa blancos y sonrosados. Supo de inmediato que el ramo de novia que había elegido él mismo era demasiado grande y abigarrado, pero daba lo mismo. En pocos minutos aceptaría ser suya. Por un instante su mirada tropezó con la de Keld y le pareció encontrar en ella su bienvenida y su aprobación. Suegro. Cuidaré de ella, le prometió en silencio a aquel hombre alto y sonriente. Y para sus adentros añadió dos puntos que no figuraban en sus votos: le daría cuanto ella quisiera y la protegería de todos los males de este mundo.

Y eso es lo que pretendo, se dijo mientras guardaba el pasaporte en la maleta de Zúrich. Cueste lo que cueste.

A VECES, EN LOS SUEÑOS DE JUČAS aparecía una familia; una madre, un padre y dos hijos, niño y niña. Solían estar sentados a la mesa comiendo lo que había cocinado la madre. Vivían en una casa con jardín, y en el jardín había frambuesos y manzanos. Siempre sonreían, así que estaba claro que eran felices.

Él les espiaba desde fuera, pero siempre con la sensación de que en cualquier momento se percatarían de su presencia y entonces el padre abriría la puerta y, sonriendo más aún, le diría: «Pero pasa, hombre, pasa».

Jučas no sabía quiénes eran. Después no siempre recordaba su aspecto, pero al despertar le embargaba una mezcla de tristeza y esperanza que ya se le quedaba en el pecho casi todo el día.

De un tiempo a esa parte el sueño se repetía con insistencia. Él pensaba que la culpa era de Barbara, que siempre insistía en hablar de cómo serían las cosas algún día: ellos dos y una casita a las afueras de Cracovia, tan cerca que su madre podría coger el autobús sin mayor problema, pero lo bastante lejos como para tener eso que llaman vida privada. Y luego los niños, por supuesto. Porque eso era lo que ella quería, niños.

La víspera del día clave habían ido a celebrarlo. Estaban listos, tampoco es que hubiera muchos preparativos que hacer. Ya habían cargado el coche. Lo único que podía echar por

tierra sus planes era que aquella bruja cambiara de pronto sus pautas de conducta, aunque eso solamente supondría un retraso de una semana.

—Vamos al campo —pidió Barbara—. Podemos coger el coche y buscar un sitio donde tumbarnos en la hierba y estar solos.

Al principio se negó, porque era mejor que ellos tampoco se condujeran de un modo fuera de lo normal. Esas cosas la gente las recordaba. Sólo hacer lo habitual era garantía de cierto grado invisibilidad. Pero entonces se dijo que, si las cosas salían como debían, aquel sería el último día de su vida en Lituania, y no quería pasarlo vendiendo sistemas de alarma en Vilna.

Llamó al cliente que le esperaba y le informó de que la empresa le enviaría un asesor el lunes o el martes. Barbara avisó de que no iría a causa de una gripe. Hasta el lunes nadie repararía en que habían faltado al mismo tiempo, y para entonces a ellos ya les traería sin cuidado.

Fueron al lago Didžiulis. En tiempos había acogido un campamento de verano para niños del movimiento pionero que habían reconvertido en un campamento de *boy scouts* donde, al ser un día de diario de finales de agosto, no se veía un alma. Jučas aparcó el Mitsubishi a la sombra de unos abetos para que a su regreso no fuera un horno. Barbara bajó y se estiró; al levantarse, su blusa blanca dejó al descubierto una franja de tripa ligeramente bronceada. Eso bastó para que su miembro despertara. Jamás había conocido a una mujer capaz de excitarle tan rápidamente como ella. Jamás había conocido a una mujer como ella, en realidad. Aún seguía preguntándose qué demonios hacía con un tipo como él.

En lugar de acercarse a las cabañas, que parecían algo maltrechas y destartaladas, siguieron el sendero que pasaba junto al alto donde ponían la bandera para luego adentrarse en el bosque. Jučas aspiró el aroma a resina y a verano y por un momento le vinieron a la memoria la abuela Edita y la granja de Visaginas. Allí pasó los primeros siete años de su vida. Los inviernos eran gélidos y solitarios, pero con el verano llegaba Rimantas a pasar una temporada con su abuela en la granja de al lado

y la espesura de abetos que separaba ambas granjas se transformaba en la selva africana de Tarzán o en los extensos bosques mohicanos de Ojo de Halcón.

—Parece que se puede uno bañar —observó Barbara señalando hacia un punto de la orilla que había algo más adelante. Un viejo embarcadero se adentraba en el lago como un dedo.

Jučas devolvió Visaginas al cajón que le correspondía. Tenía escrita la palabra «Pasado». No solía abrirlo demasiado a menudo y no había motivo alguno para empezar a revolverlo en ese momento.

—Seguro que hay sanguijuelas —dijo para tomarle un poco el pelo.

—Bobadas —replicó ella torciendo el gesto—, entonces no dejarían que se bañaran los niños.

Con cierto retraso, se dio cuenta de que lo que le apetecía no era precisamente impedir que Barbara se quitase la ropa y se apresuró a contestar:

—Supongo que tienes razón.

Ella, como si le hubiese leído el pensamiento, le regaló una sonrisa fugaz y empezó a desabrocharse la blusa lentamente bajo su atenta mirada; luego se quitó la falda de color marfil y las sandalias y se quedó descalza a la orilla del lago con tan solo unas bragas blancas y un sujetador.

—¿Es necesario bañarse antes? —preguntó Jučas.

—No —contestó pegándose a él—. También podemos hacerlo después.

La deseaba tanto que a veces se comportaba como un adolescente torpe y ansioso, pero ese día se obligó sí mismo a esperar. Jugó con ella. La besó. Se aseguró de que estuviera tan excitada como él. Rebuscó en la cartera ese condón que Barbara siempre insistía tanto en que llevara. Pero ella le detuvo.

—El día es muy bonito —dijo— y el sitio también. Podríamos hacer un niño precioso, ¿no te parece?

No fue capaz de decirle nada, pero soltó la cartera y la mantuvo abrazada varios minutos; luego la dejó en la hierba y trató de darle lo que tanto deseaba.

Al cabo de un rato nadaban en aquellas aguas profundas y frías. No era buena nadadora, nunca había acabado de aprender, y chapoteaba y salpicaba como un perrillo. Finalmente le echó los brazos al cuello y se dejó arrastrar mientras él nadaba a espaldas para mantener a flote a los dos. Le miró a los ojos.

—¿Me quieres? —le preguntó.

—Sí.

—¿Aunque esté hecha una vieja?

Tenía nueve años más que él y eso la preocupaba. A él le traía sin cuidado.

—Hasta la locura —contestó—. Y no eres vieja.

—Cuídame bien —le pidió con la cabeza apoyada contra su pecho. A Jučas le sorprendió ser capaz de sentir tanta ternura.

—Siempre a su servicio —murmuró. Se preguntaba si la familia de sus sueños podrían ser Barbara y él, si sería eso lo que significaban. Barbara y él en aquella casita de las afueras de Cracovia. Muy pronto.

Solamente había que dejar resuelto un asunto primero.

LOS SÁBADOS Sigita se sentía más sola que otros días.

La semana transcurría rápidamente; el trabajo ocupaba gran parte de su tiempo y, una vez que recogía a Mikas en la guardería poco antes de las seis, la tarde seguía un esquema fijo: cocinar, bañar, acostar, sacar la ropa del día siguiente, recoger, ver la televisión un rato. A veces se quedaba dormida viendo las noticias.

Pero los sábados... los sábados eran los días de los abuelos. El aparcamiento que había delante del edificio era un hervidero de actividad desde primera hora de la mañana. Los coches salían cargados de niños, bolsas y cajones de madera vacíos que el domingo por la noche regresarían llenos de patatas, tomates y miel recién recogida. Todos se iban «al campo», una expresión que abarcaba desde el huerto hasta la granja de la abuela.

Sigita no iba a ningún sitio. Ahora compraba toda la verdura en el supermercado, y a veces ver a Sofija, la pequeña de cuatro años del número 32, corretear por el asfalto hasta arrojarse en los brazos de su bronceada abuela teñida de alheña le dolía tanto como si le amputaran un brazo o una pierna.

Su solución, un sábado más, consistió en preparar un termo lleno de café, llenar un cestito de comida y llevar a Mikas al parque infantil de la guardería. Los abedules del seto lanzaban destellos verdes y blancos al sol. En uno de los charcos marrones que la lluvia nocturna había dejado debajo del balancín, unos estorninos se estaban dando un baño.

—¡Miramamá pajarobaña! —exclamó Mikas señalándolos entusiasmado. Últimamente había empezado a hablar mucho y muy

deprisa, pero con poca claridad, y no siempre resultaba fácil entenderle.

—Sí. Querrá estar guapo y limpito. ¿Tú crees que sabrá que mañana es domingo?

Había bajado con la esperanza de encontrar un niño o dos en el parque, pero, un sábado más, estaban solos. Le dio a Mikas su camión, su cubo rojo de plástico y su palita. Seguía encantándole jugar con la arena y podía pasar horas entregado a los más ambiciosos trabajos de construcción, con fosos llenos de agua y caminitos que serpenteaban entre palos que representaban árboles o quizá una empalizada. Sigita se sentó en una esquina del cajón de arena y cerró los ojos un instante.

Qué cansada estaba.

Un chaparrón de arena mojada le roció el rostro; abrió los ojos.

—¡Mikas!

Lo había hecho a propósito, lo veía en la risita ahogada de su cara. Le brillaban los ojos.

—¡Mikas, eso no se hace!

El niño clavó la punta de la pala en la arena y volvió a lanzar. Una nueva salva de arena salió disparada hacia el pecho de su madre y se coló por su blusa.

—¡Mi-kas!

El pequeño ya no podía contener la risa, que le escapaba a borbotones, contagiosa, irresistible. Sigita se levantó.

—¡Ahora te vas a enterar!

Mikas salió corriendo a todo correr con un alarido de felicidad mientras ella aminoraba el ritmo de sus pasos para concederle un poco de ventaja. Le alcanzó junto al columpio y lo elevó por los aires haciéndole dar vueltas hasta atraparlo bien. Él se retorció un momento y después le echó los brazos al cuello y le enterró la cara bajo el mentón. Su pelo rubio olía a champú y a niño. Le besó en la cabeza, un exagerado beso de abuela que le hizo volver a retorcerse entre risas.

—¡Mamá, para!

Luego, de vuelta en la arena, cuando se sirvió el primer café volvió a invadirla el cansancio.

Se llevó la taza de plástico a la nariz y aspiró el aroma como si fuera cocaína. Pero aquel no era un cansancio que se quitara con café.

¿Será siempre así?, se preguntó. Mikas y yo. Solos en el mundo. Esa no era la idea. ¿O sí?

De repente el niño salió de la arena de un salto y echó a correr hacia el seto. Allí había una señora, una mujer alta y joven con un vestido de verano de color claro y un pañuelo de flores en la cabeza, como si fuera a la iglesia. Iba derecho hacia ella con paso firme. ¿Sería una de las educadoras de la guardería? No, no parecía. Sigita se levantó vacilante.

En ese momento vio que la mujer llevaba algo en la mano. El papel de plata brillaba al sol y Mikas tenía medio cuerpo encaramado al seto de pura ansia. Chocolate.

En un arranque de indignación, apenas diez o doce largos pasos le bastaron para llegar hasta ellos. Con más fuerza de la habitual cogió al niño, que se volvió a mirarla enojado. El chocolate le llegaba ya por las mejillas.

—¡Pero qué le está dando!

La desconocida la miró con gesto de sorpresa.

—No es más que un poco de chocolate...

Hablaba con un ligero acento, ruso quizá, que no hizo sino aumentar la indignación de Sigita.

—Mi hijo no puede aceptar golosinas de personas que no conoce —dijo.

—Disculpe. Lo que pasa es que... es un niño muy simpático.

—¿La de ayer también fue usted? ¿Y la de antes de ayer?

Mikas llevaba varios días trayendo manchas de chocolate en la ropa que habían dado pie a que Sigita discutiera con el personal de la guardería. Insistían en que los niños no habían comido golosinas. Según el acuerdo alcanzado, solo podían tomarlas una vez al mes, y no se les ocurriría incumplirlo ni en sueños. Eso decían. Y, por lo visto, era cierto.

—Suelo venir por aquí. Vivo ahí enfrente —le explicó la mujer señalando hacia uno de los bloques de hormigón que rodeaban el parque—. A veces les traigo cosas a los niños.

—¿Por qué?

La desconocida se quedó observando a Mikas un buen rato. Parecía nerviosa, como si la hubieran sorprendido haciendo algo que no debía.

—Es que yo no tengo hijos —dijo al fin.

En medio de toda su rabia, sintió una punzada de compasión.

—Ya vendrán —se oyó decir a sí misma—, es usted joven.

La mujer sacudió la cabeza.

—Treinta y seis —contestó como si aquella cifra fuera ya de por sí una tragedia.

Sólo entonces reparó Sigita en el esmerado maquillaje que borraba las pequeñas huellas de la edad en torno a su boca y sus ojos. Estrechó instintivamente a su hijo un poco más entre sus brazos. Yo al menos tengo a Mikas, se dijo. Al menos le tengo a él.

—Haga el favor de no volver a darle nada —ordenó con menos severidad de la que se había propuesto—. No le sienta bien.

—Por supuesto —contestó la mujer con la mirada errática. Luego se alejó bruscamente a buen paso.

Santo Dios, observó Sigita. Se ve que no soy la única que vive una vida que no se parece en nada a lo que había imaginado.

Le limpió el chocolate con un pañuelo humedecido. Mikas, nada satisfecho, se retorció como una anguila.

—Masocolate —exigía—. ¡Ma!

—No —replicó ella—. Ya no hay más.

Al advertir que el pequeño consideraba la posibilidad de abandonarse a un ataque de histeria, se apresuró a mirar a su alrededor en busca de una maniobra distractora.

—Mira —le propuso con la palita de plástico en la mano—, ¿quieres que hagamos juntos un castillo?

Jugó con él hasta que la infinita fascinación del agua, la arena, los palos y todo cuanto se podía hacer con ellos volvió a atraparlo.

El café se había quedado frío, pero se lo bebió de todos modos. Al notar los ásperos granitos de tierra rozándole por el borde del sujetador intentó sacarlos discretamente. Las sombras de las hojas de los abedules se proyectaban sobre la arena grisácea mientras Mikas gateaba aferrado a su camión con la mano derecha e imitando los ruidos del motor con gran acierto.

Ese sería su último recuerdo.